

Saludos y Agradecimientos.

Queridas colegas y queridos colegas.

Quiero agradecer porque para mí, es un honor estar en este lugar y que me hayan confiado decir unas palabras, en conmemoración de los 50 años de egresados, como ingenieros agrónomos.

Creo o diría estoy convencido que no puedo hablar en representación de cada uno de ustedes, sería un enorme atrevimiento pretender expresar los sentimientos y emociones, de los que están presentes, de los que no pudieron venir y de los compañeros que, aunque ausentes, están aquí en nuestro recuerdo

La entrega del diploma fue una diáspora para nosotros: algunos se quedaron, otros partieron lejos; unos abrazaron la profesión ligados a la investigación, otros al campo, a la docencia, a la gestión, o a lo que la vida los llevó a hacer.

Pero en este día, tras tanto tiempo de ausencia, volvemos a encontrarnos.

Podría pensarse que el tiempo nos ha cambiado. Borges escribió que el tiempo es un río que nos lleva, un tigre que nos devora y un fuego que nos consume.

Y acaso lo sea; nos ha arrebatado rostros, nos ha dado canas, nos ha marcado con cicatrices y aprendizajes. Pero también nos ha permitido ser, en distintas etapas, estudiantes, soñadores, profesionales, padres, abuelos, amigos. Seguramente esos otros hoy nos habitan, por eso somos los mismos, y a la vez, somos otros.

Hoy en este reencuentro, en cada abrazo, en cada mirada, aunque el tiempo cambio nuestra apariencia, descubrimos con alegría, que nuestra esencia permanece intacta y nos permite reconocernos, con la misma complicidad que nació en aquellos años.

Estamos aquí, porque nos convoca un acontecimiento, que el tiempo, con su andar inexorable, ha cargado de valor.

Medio siglo desde aquel día en que nos recibimos como ingenieros agrónomos.

Cincuenta años que son, además, una biblioteca, un archivo de anécdotas que desafían al olvido, de esfuerzos que nos unieron, de maestros que dejaron su huella y de ideales que como páginas invisibles nos guiaron en estos años. Todo ello persiste en nosotros, aunque el tiempo lo haya disfrazado de nostalgia.

Medio siglo que se dice pronto, pero que encierra toda una vida de caminos recorridos, de sueños cumplidos y de otros que aún siguen empujándonos a seguir andando.

Y hablando de caminos, me resuenan aquellos versos de Machado, que Serrat convirtió en canción:

Caminante no hay camino se hace camino al andar y cuando uno echa la vista atrás, se ve la huella que no se volverá a pisar.....

Pero hoy sigue vivo en nuestra memoria cada momento, cada espacio, esas horas de trabajo y estudio, ese tiempo que compartíamos sueños con mates, guitarreadas, vinos y algunas alegrías del corazón.

La memoria nos transporta inevitablemente a aquellos años, cuando la juventud nos estallaba en las manos, y los ideales y las pasiones se vivían con la intensidad de quien imagina que el mundo puede transformarse.

En las aulas y el campo, entre prácticas y aprendizajes, compartiendo mates, apuntes y risas, fuimos descubriendo lo esencial de nuestra vocación: ese vínculo profundo con la tierra, con los animales, con el ciclo eterno de la naturaleza.

Vivir y estudiar en los años 70 era hacerlo en medio de un país convulsionado.

Vivíamos una revolución cultural, en un medio de fuertes restricciones a nuestras libertades.

Así nos sentíamos nosotros, caminando por esos años inciertos, construyendo nuestro aprendizaje a cada paso, con la certeza de que la tierra, como la vida, nos enseñaba a avanzar aún en medio de dificultades.

Córdoba, como toda Argentina, estaba atravesada por cambios políticos, crisis económicas y una creciente tensión social.

En las calles se respiraban debates encendidos sobre el futuro del país... y en los pasillos de la Facultad, esas discusiones se mezclaban con las charlas sobre curvas de nivel, composición de fuerzas en el arado de rejas, los tubos de ensayo con las *Drosophila melanogaster*, el paseo por los laboratorios, con aquellos aromas tan peculiares, de ciencias químicas.

El herbario, la recolección de insectos, que intercambiamos como figuritas, seguro se acuerdan que algunos cotizaban en los intercambios, pero siempre, la colaboración era el eje del trabajo.

Pienso que, cada uno estará lleno de anécdotas dispuesto a recordarlas y contarlas, mi memoria y el tiempo las hizo breves.

Dice Ortega y Gasset, somos nosotros y nuestras circunstancias y ya que lo fuimos,

Estábamos conmocionados por el mayo francés, por los textos de Sartre, Foucault y Simone de Beauvoir, por citar algunos

Simone de Beauvoir. Una mujer, sí, porque también y con mucho esfuerzo algunas compañeras se atrevieron a cursar carreras de hombres,

Recuerdo como eran resistidas en algunas cátedras,

Pioneras que transformaron **NO TAN SILENCIOSAMENTE**, nuestros prejuicios.

Su esfuerzo diario, su capacidad para abrirse camino en las aulas y el campo, donde muchas veces eran subestimadas, nos enseñaron a todos, una lección de valentía y perseverancia.

Ellas no solo aprendieron agronomía... le mostraron a la comunidad que la pasión y el talento no tienen género.

Hoy, medio siglo después, celebramos también su legado: las mujeres, nuestras compañeras de carrera, que nos impulsaron a cuestionar estructuras y que, con su ejemplo, contribuyeron a transformar nuestra profesión.

Hablando de ellas y de recuerdos, esos llenos de luces y sombras, repentinamente me llevó al 9 noviembre de 1970, cada uno seguro recordará donde estaba ese día, que la Facultad vivió uno de sus momentos más duros: el derrumbe.

No solo se desplomaron paredes... también se quebró la tranquilidad de nuestra vida universitaria.

Y lo más doloroso: perdimos a **dos compañeras**. Ana Mirtha Kulesza y Rosa Emilia Rojas,

Dos jóvenes con sueños, con proyectos, con la misma ilusión que todos teníamos de cambiar el mundo a través de la agronomía.

Ante la muerte, las palabras siempre parecen insuficientes. Sartre decía que “la muerte no nos define por lo que nos quita, sino por lo que nos recuerda que somos”.

Ese día entendimos, que lo que somos se mide en cómo nos cuidamos y nos levantamos unos a otros.

Ese día nos dejó una herida, ... pero también una raíz más profunda.

Por eso hoy, aquí es un reencuentro con nuestra historia, con aquella juventud que, hace medio siglo, cruzó los pasillos de la Facultad, con libros bajo el brazo, con muchos sueños, la mente dispuesta y ganas de andar nuevos caminos.

Estudiar agronomía en los 70 era también vivir el cambio tecnológico de la época:

En estas aulas, en las prácticas y en nuestras vidas aprendimos a producir sin destruir. Nos enseñaron y aprendimos a ser ingenieros que entienden la compleja red entre naturaleza, economía y sociedad.

Foucault nos recuerda que la libertad no es un atributo esencial del hombre, sino una práctica activa. En nuestra profesión, esa libertad se traduce en un ejercicio permanente de responsabilidad social, de cuidar no solo el ambiente... sino también a las personas que lo habitan.

Todavía estamos en deuda con la naturaleza. Naturaleza, que no es solo objeto de estudio y extracción, sino un **sujeto de respeto**, con valor propio, más allá de su utilidad para el ser humano.

Aprendimos, que transformar el campo no es únicamente aumentar el rendimiento de una hectárea; es también diversificar, cuidar nuestros recursos, generar empleo digno y sostener comunidades rurales vivas y prósperas. Es entender que la productividad no se mide solo en toneladas, sino en calidad de vida, arraigo y futuro.

Y que la agronomía, para nosotros fue y es, más que una carrera, un compromiso con la vida.

Esto, Hans Jonas lo resume con lucidez: “Obra de tal modo que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida auténticamente humana sobre la Tierra.”

Nuestra generación ha transitado desde la producción extensiva tradicional, a sistemas altamente tecnificados, con manejo preciso del agua, la fertilización, la sanidad vegetal y la sustentabilidad ambiental.

Donde antes solo había incertidumbre y dependencia del clima, hoy contamos con modelos predictivos, biotecnología, agricultura de precisión, nuevas cadenas de valor;

Y recientemente, la Inteligencia Artificial que nos interpela, con mayor impacto tecnológico y social, que la misma red de datos

Esta Inteligencia Artificial que nos obliga a redefinir nuestra humanidad,

nos empuja a reconocer lo que no puede automatizarse:

la empatía, el cuidado, los afectos y el encuentro humano, eso que tanto valoramos hoy.

Lo que aprendimos con nuestros docentes nos dio la posibilidad de ser protagonistas de una de las más grandes revoluciones silenciosas de nuestra historia.

Comprender que estos 50 años, nos hicieron parte de una historia más grande que nosotros mismos: la historia de la universidad pública,

la historia de la ciencia al servicio de la sociedad,

y la historia de una amistad que, como buena semilla, supo echar raíces y permanecer en el tiempo.

Es momento también, de mostrar nuestro agradecimiento a la universidad pública que nos formó, a los docentes que nos guiaron y que creyeron en nosotros, a nuestras familias que nos apoyaron, a los colegas, amigos y a los seres queridos, que caminaron a nuestro lado y nos ayudaron a ser lo que hoy somos.

Y reconocernos en lo que fuimos capaces de hacer con lo que hicieron de nosotros

Porque, en última instancia, cumplir cincuenta años —como egresados, como grupo, como generación— es haber entendido que el tiempo no nos pertenece, somos nosotros, quienes lo cultivamos y lo convertimos en destino.

Por último, mi agradecimiento y deseo de corazón, que a cada una y cada uno, muchos de aquellos jóvenes sueños, se hayan hecho realidad.

Los otros. los que están pendientes, y seguro algunos nuevos, esos sueños que no nos dejan envejecer,

sean la razón de seguir andando, haciendo camino al andar.

Andar que seguro es más lento, pero alimentado con la misma pasión de aquellos jóvenes años.

Esa pasión que supo tejer lazos de amistad y nos invita hoy a brindar por nuestros 50 años de historia, nuestro futuro y el de la universidad pública.

Muchas Gracias..

27 de setiembre de 2025

Carlos Rafael Pardini